

te. Recordé una historia que pasó en Italia cuando me hallaba en aquel país, y que quiero referirte para que veas de un modo palpable lo que alcanza la verdadera amistad.

“Cierta príncipe, celoso protector de las bellas artes, ofreció un premio considerable para un cuadro cuyo asunto él mismo designó y era elevado, pero muy difícil de tratar. Dos artistas jóvenes, mutuamente unidos con la más estrecha amistad, resolvieron optar el premio. Comunicáronse su proyecto y juntos reflexionaron en los medios de vencer sus dificultades. El de más edad, que tenía grande experiencia en el dibujo y la composición de los grupos, presto concibió y ejecutó su plan; mientras que el más joven, descontento de sus primeros ensayos, habría desistido de la empresa si su compañero no le hubiese sostenido por medio de sus alabanzas y ayudádole con sus consejos. Cuando comenzaron á pintar, el más joven, que respecto de colorido era todo un maestro, hizo á su compañero algunas indicaciones excelentes de que éste supo aprovecharse á tal punto, que nunca el más joven había dibujado tan correctamente, ni el mayor empleado el colorido con

más acierto. Cuando ambos cuadros estuvieron terminados, los artistas cayeron en brazos uno del otro; cada cual estaba encantado con el trabajo de su compañero, y le reconocía digno del premio. Quien le obtuvo fué el más joven, y dijo lleno de confusión: ¿Por qué me han dado tal premio? ¿Qué es mi talento al lado del talento de mi amigo? ¿Qué habría hecho yo sin sus consejos y generoso auxilio?— Pero tú, replicó el mayor, ¿no me has ayudado también con tus consejos? Mi cuadro no es malo, es cierto; pero tú eres quien ha merecido la palma. Esforzarse franca y noblemente en alcanzar el mismo objeto; hé aquí el deber de dos amigos, y el laurel del vencedor honra siempre al vencido. Te quiero todavía más, porque la victoria que has alcanzado aumenta mi reputación....” ¿No es cierto, Federico, que tenía razón el pintor? Un mismo objeto, una misma ambición, deben estrechar los lazos de dos verdaderos amigos en vez de desunirlos. La baja envidia ó el odio funesto ¿pudieran hallar lugar en los corazones nobles?

—¡Nunca, respondió Federico, nunca! Nosotros hemos llegado á ser hermanos.

Presto haremos los dos en Nuremberg nuestra obra maestra, un hermoso tonel de dos cubas, unidas sin fuego; pero ¡guárdeme el cielo de sentir la menor envidia si tu tonel sale mejor que el mío!

—¡Ah, ah! exclamó Reinaldo, rompiendo en risa; tú harás, estoy cierto de ello, una obra maestra que agradará á todos los buenos toneleros; y por lo que respecta al cálculo de las dimensiones y á la curvatura de las duelas, yo seré tu consejero. Puedes también consultarme acerca de la calidad de la madera. Fía en mí para hallar hermosos troncos de encino cortados durante el invierno, sin picadura alguna, sin listas rojas ó blancas, y sin nudos. Te ayudaré con mi brazo y mis consejos, y no por eso dejaré yo de construir mi obra maestra.

—Pero ¡Dios del cielo! exclamó Federico, ¿por qué nos detenemos charlando así acerca de nuestra obra maestra? ¿Somos rivales? Se trata de Rosa . . . ¿Cómo nos hemos venido á encontrar? La razón se me oscurece.

—¡Vamos, camarada, dijo Reinaldo riéndose, no se trataba de Rosa; ¡tú eres un soñador! Sigamos nuestro camino hacia la ciudad!

Levantóse Federico, y enteramente turbado se puso en camino. Cuando los dos camaradas entraron en una hostería para lavarse y quitar el polvo de sus vestidos, Reinaldo dijo al otro: “A la verdad, no sé á casa de qué maestro podré ir á trabajar; á nadie conozco aquí, y creo que muy bien podrías llevarme contigo á casa de Maese Martín; tal vez pueda yo acomodarme en su taller.

—Tú libras mi corazón, contestó Federico, de un peso enorme; porque en tu compañía tendré más valor para vencer mi embarazo y mi ansiedad.

Ambos se dirigieron entonces hacia la casa del célebre tonelero: precisamente era el domingo en que Maese Martín daba su banquete de síndico. Al entrar en la casa los dos compañeros oyeron el ruido de los vasos y el rumor de una sociedad alegre.

—¡Ah! dijo con timidez Federico: llegamos en un momento inoportuno.

—Al contrario, contestó Reinaldo, creo que el momento es excelente; porque en un alegre banquete Maese Martín debe estar de buen humor y dispuesto por lo mismo, á escucharnos.

Presto Maese Martín, á quien los dos amigos se habían hecho anunciar, llegó con sus vestidos de fiesta, trayendo la nariz y las mejillas teñidas con muy buenas dosis de bermellón. Al ver á Federico, exclamó: “¿Eres tú, guapo joven? ¡ Héte aquí, pues, de vuelta! ¡Excelentemente! ¡Te has consagrado, pues, á la noble profesión de tonelero? Cierto es que Messire Holzschuer hace unos gestos horribles cuando se habla de tí. Cree que en tí se ha perdido un gran artista, y que habrías ejecutado figuras bellísimas como las que vemos en la iglesia de San Sebald, y en Augsburg en la casa de Fugger. Pero éstas son palabras al viento, y tú has tenido sobradísima razón en tomar un buen oficio. ¡Seas mil veces bien venido!

Hablando así Maese Martín, le tomó por las espaldas y le oprimió con alegría sobre su pecho, según lo tenía de costumbre. Federico sintióse reanimado en vista de tan cordial recibimiento, y desapareció todo su embarazo. Expuso sin alterarse su pretensión, no sólo respecto de sí mismo, sino también respecto de su amigo Reinaldo.

—¡Bien! contestó Maese Martín, no podéis llegar más á propósito, pues el trabajo se aumenta y yo necesito obreros. ¡Sed bien venidos ambos! Poned allí vuestro saco de viaje y entrad. El banquete, á la verdad, casi ha terminado; pero todavía podéis ocupar una silla en la mesa, y Rosa tendrá cuidado de vosotros.

Maese Martín volvió á entrar con los dos compañeros en la sala. Allí estaban los respetables maestros de la corporación en compañía del digno Jacobo Paumgartner, y todos tenían rojo y alegre el semblante. Acababan de traer los postres, y el vino generoso brillaba en las copas. En este momento cada uno de los maestros hablaba en alta voz de cosas diferentes; todos creían comprenderse y cada cual se reía sin saber por qué. Tan luego como Maese Martín, tomando de la mano á ambos jóvenes, anunció que, provistos de buenos certificados, iban á entrar á su taller, hubo gran silencio, y cada cual examinó á su sabor á los hermosos compañeros. Reinaldo paseaba á su alrededor una mirada casi orgullosa, en tanto que Federico bajaba los ojos y daba vueltas á su gorra entre las manos. Maese Martín

les señaló asiento á la extremidad de la mesa, y éste fué precisamente el mejor lugar, pues al momento Rosa vino á sentarse entre ambos jóvenes, rodeados de ancianos de barba prolongada: parecían los tres una risueña nube de la mañana, elevándose sobre un cielo sombrío, ó tres hermosos árboles primaverales alzando sus copas floridas sobre el musgo seco del prado.

En su felicidad, Federico apenas podía respirar. De vez en cuando aventuraba una mirada tímida que traicionaba su emoción, y luego bajaba los ojos hacia su plato y no podía comer.

Reinaldo al contrario, fijaba sus ojos brillantes en la joven, y comenzó á referir sus viajes de un modo tan maravilloso, que Rosa nada había oído semejante á esto. Cuando Reinaldo decía, representábase á la hija del tonelero bajo mil formas vivas y variadas. Toda ella se volvía ojos y oídos, y no sabía lo que le pasaba, cuando el joven narrador tomó su mano y la estrechó contra su pecho.

—Pero, Federico—exclamó de repente Reinaldo—¿por qué estás así mudo é inmóvil? ¿Has perdido el uso de la palabra? Va-

mos á beber á la salud de la hermosa niña que tan bien nos trata.

Federico tomó con trémula mano la copa que Reinaldo había llenado hasta el borde y que le obligó á vaciar hasta la última gota.

—Ahora, ¡á la salud de nuestro digno maestro! dijo Reinaldo llenando de nuevo la copa y presentándola á Federico.

Entonces el calor del vino subió á la cabeza de éste; su sangre se agitó é hirvió en sus venas.

—¡Ah! —murmuró enrojeciéndose, —siento un bienestar indecible, que jamás había experimentado.

Rosa, que podía dar diversa interpretación á estas palabras, sonriose con admirable dulzura.

—Querida Rosa, dijo Federico, libre de toda cortedad ¿sin duda no os acordaréis ya de mí?

—¿Cómo, querido Federico, respondió Rosa con los ojos bajos; cómo fuera posible que os hubiese olvidado en tan poco tiempo? Cuando os ví en casa del anciano Holzchuer yo no era sino una niña; pero no os desdenabais de jugar conmigo y siempre

imaginabais alguna diversión encantadora. He conservado como un precioso recuerdo la linda canastita de filigrana de plata que me regalasteis en Noche Buena.

Algunas lágrimas brillaron en los ojos del joven; quiso hablar y sólo pudo exhalar como un suspiro estas palabras entreortadas: “¡ Oh Rosa! . . . querida . . . querida Rosa! . . . ”

— Siempre, continuó Rosa, he deseado cordialmente volveros á ver; pero jamás habría creído que os hubieseis consagrado á la profesión de tonelero, al pensar en las lindas obras que hacíais en otro tiempo en casa del maestro Holzschuer. ¡ Es una lástima que hayáis renunciado á vuestro arte!

— ¡ Ah, Rosa! dijo Federico, he renunciado á mi arte por vos!

Apenas fueron pronunciadas tales palabras, cuando Federico, trémulo y turbado, habría querido que se le tragara la tierra. La confesión irreflexiva se había escapado de sus labios. Rosa, como si todo lo hubiera comprendido, volvió á otra parte la cara, y el pobre joven procuró en vano hacerse dirigir algunas otras palabras.

En este momento Paumgar tner golpeó la

mesa con el mango de su cuchillo, y anunció que el digno maestro cantor messire Volrad iba á entonar una canción.

Maese Volrad se levantó en seguida, y dió principio en el estilo de Juan Vogelgesang á una canción tan hermosa, que regocijó el corazón de todos los concurrentes, y hasta hizo salir de su turbación á Federico. Luego que el poeta hubo ejecutado algunas otras canciones, dijo que si alguno de los presentes estaba ejercitado en el arte admirable del canto, debía hacer oír también su voz.

A estas palabras levantóse Reinaldo, y contestó que si se le permitía servirse del laúd al estilo italiano, procuraría cantar, conservando el metro alemán. Como nadie hizo objeciones, tomó su instrumento, y, después de algunos preludios agradables, cantó los siguientes versos:

¿Dónde hallamos la fuente preciosa
Que destila aromático vino?
Sus olas se ven
Bajo el techo de cóncavo encino:
Como el eco de brisa amorosa
Su pausado murmurio divino
Se escucha también.

¿Quién guarda con arte;
Quién proteje el feliz manantial
Que alegra la vida, las almas encanta,

Las penas espanta,
Y al hijo de Marte

Infunde acendrada bravura marcial?—

Mi labio sincero

Lo dice: ¡Salud,

Feliz tonelero!!

¡Ese hombre eres tú!!”

Esta canción encantó á todos los oyentes, y, sobre todo, á Maese Martin, cuyos ojos chispeaban de alegría. Sin prestar atención á Volrad que decía que el joven había imitado el ritmo de Juan Muller, Maese Martin se levantó y exclamó, balanceando en su diestra la gran copa destinada á recorrer la mesa: “Ven acá, bravo tonelero y maestro cantor, ¡ven acá! Preciso es que vacíes este vaso en compañía de tu maestro Martin.”

Reinaldo obedeció. Cuando volvió á su asiento, dijo en voz baja á Federico, absorto en sus pensamientos dorados: Ahora á tí te corresponde cantar: entona la canción de ayer.

—¿Estás loco? respondió Federico encolerizado.

—Nobles señores y queridos maestros, exclamó Reinaldo dirigiéndose á la reunión, he aquí á mi hermano Federico que sabe canciones mucho más bellas; pero su garganta se ha resecado con el polvo del camino, y más adelante os mostrará su habilidad.

Todo el mundo púsose entonces á alabar á Federico como si ya hubiese cantado. Hasta pretendieron algunos maestros que su voz era más agradable que la de Reinaldo, y Volrad, después de haberse bebido otro enorme vaso de vino, aseguró que Federico reproducía el hermoso estilo alemán mejor que Reinaldo, cuyo canto era demasiado italiano. Pero Maese Martin, echando la cabeza hacia atrás y dándose vigorosas palmadas en el enorme vientre, exclamó: “Estos son mis compañeros, los compañeros de Tobías Martin, maestro tonelero de Nuremberg.”

Todos los maestros sacudieron la cabeza y dijeron saboreando las últimas gotas de sus anchas copas: “Sí, sí, Maese Martin; son excelentes compañeros.”

Al fin, cada cual se retiró, y Reinaldo y Federico fueron á ocupar dos cómodas pie-

zas que Maese Martín les había destinado en la casa.

CÓMO UN TERCER OFICIAL SE PRESENTÓ A MAESE MAR

TÍN Y QUÉ SUCEDIÓ CON EL.

Cuando ambos oficiales hubieron pasado algunas semanas en el taller de Maese Martín, éste notó que Reinaldo no tenía igual en lo concerniente á las proporciones, las curvaturas y los círculos; pero que no sucedía lo mismo cuando se trataba de manejar el hacha ó el mazo, pues Reinaldo se fatigaba entonces muy pronto y parecía poco dispuesto á continuar su obra. Federico al contrario, usaba estos instrumentos sin cansarse. Por lo demás, distinguíanse uno y otro á causa de la honradez de su conducta y Reinaldo, particularmente, por su alegría y buen humor. No economizaban su garganta, sobre todo, en presencia de Rosa:

cantaban juntos y armoniosamente muy agradables canciones; y si Federico, viendo á Rosa, se dejaba conducir hacia las notas melancólicas, luego entonaba Reinaldo una canción festiva que comenzaba por estas palabras: "El tonel no es la lira; la lira no es el tonel," y la cual canción alegraba de tal modo á Maese Martín, que dejaba caer su cepillo y se abrazaba el vientre, reventando de risa. Por lo demás, ambos oficiales y particularmente Reinaldo, habían sabido insinuarse muy bien en el ánimo de su patrón, y se podía notar que Rosa buscaba muy á menudo pretextos para venir al taller y detenerse allí más tiempo del de costumbre.

Cierto día Maese Martín entró muy pensativo en el taller donde había establecido su trabajo de estío. Reinaldo y Federico acababan de dar la última mano á un tonel pequeño. Maese Martín detúvose ante ellos con los brazos cruzados, y les dijo: "No sabría explicaros, mis queridos oficiales, lo contento que de vosotros estoy; pero al presente me hallo en un gran conflicto. Me escriben de las orillas del Rhin que la vendimia será este año mejor que nunca. Un

sabio ha predicho que el cometa que hemos visto brillar en el cielo, fecundará la tierra con los rayos maravillosos de su luz. Todo el calor que encierra, y que endurece los metales, se derramará en la superficie de la tierra y llenará de nueva savia las cepas alteradas, que producirán entonces inmenso número de racimos. No se volverá á ver otra constelación así, antes de treseientos años. De consiguiente, vamos á tener mucho recargo de obra; nada menos el digno obispo de Bamberg me pide un tonel grande. No podremos dar cumplimiento á las demandas, y es preciso que os busque un compañero vigoroso; pero no quisiera recibir al primero que llegue; sin embargo, ya se me quema la miel. Si conocierais á algún operario bueno, á quien quisieseis asociar á vuestros trabajos, con sólo decírmelo, trataría de hacerle venir, aun cuando me costara una buena suma de dinero.”

No bien Maese Martín había dicho estas palabras, cuando un joven de elevada estatura y vigorosa organización, entró gritando con voz atronadora: “¡Oh, oh! ¡Este es el taller de Maese Martín?”

—Sí, por cierto, contestó el tonelero, ade-

lantándose hacia el recién llegado; pero no tenéis necesidad de gritar como si quisieseis asesinaros, ni de estropear así los toneles. No es éste el modo de presentarse entre las gentes.

—¡Ah! exclamó el extranjero, vos sois sin duda el mismo Maese Martín, con ese abultadísimo vientre, la barba partida, los ojos chispeantes y la nariz rubicunda. Heos aquí tal como os habían descrito. ¡Salud, Maese Martín!

—¡Y bien! ¿qué se os ocurre? preguntó el tonelero, no sin enfado.

—Soy tonelero y quisiera saber si hallaré trabajo en vuestra casa.

Maese Martín caminó dos pasos atrás y midió con la vista al joven, de pies á cabeza, admirado de que apareciese un operario en el mismo instante en que expresaba su deseo de obtenerle. El extranjero, á su vez, le contempló con atrevimiento, y Maese Martín, al observar su pecho saliente, sus músculos vigorosos y sus fortísimos puños, se dijo á sí mismo: “He aquí precisamente mi hombre,” y le pidió sus certificados de gremio.

—No los traigo conmigo, contestó el jo-

ven; pero os los presentaré dentro de poco, y os doy mi palabra de que puedo trabajar lealmente. Esto debe bastaros.”

Y sin esperar la contestación del maestro, echó á un lado de la pieza su gorra y su saco de viaje, se quitó la levita, cogió el mandil y dijo: “Veamos, Maese Martín, qué es lo que yo debo hacer.”

El tonelero, no muy satisfecho de las maneras algo rudas del desconocido, reflexionó por algunos momentos y en seguida le dijo: “Pues bien, probadnos que sois un buen oficial; abrid el agujero de ese tonel que se halla sobre el banco.”

El joven desempeñó su tarea con fuerza, celeridad y maestría notables; en seguida, riéndose, exclamó en alta voz: “¿Dudáis ahora, Maese Martín, que yo sea un hábil obrero? Mas—añadió paseándose de un extremo á otro del taller y midiendo con la vista las piezas de madera y los útiles—tenéis buenos utensilios? ¿Qué significa este mazo? Sin duda es para que jueguen con él los niños; esta hachita sólo está propia para los aprendices.” Diciendo esto, lanzaba al aire el pesado mazo que Reinaldo apenas podía manejar, y el hacha con que

trabajaba el mismo Maese Martín. Después rodó los mayores toneles como si fuesen pelotas de viento, y tomando una de las duelas más grandes, y que estaba sin desbastar: “¿Qué cosa es esto?—dijo—Si la madera es encino legítimo debe romperse como si fuera de vidrio.” A este tiempo lanzó contra una piedra la duela, que se partió en dos pedazos.

—Querido oficial, dijo Maese Martín, ¿queréis, por ventura, arrojar del taller ese tonel de dos cubas, ó destruir todo mi establecimiento? Bien pudierais serviros de este madero; y por lo que respecta al hacha que os conviene, enviaré á buscar á la casa del ayuntamiento la espada de Rolando, que tiene tres varas de largo.

—Buen provecho me haría, exclamó el joven con mirada centelleante, y en seguida, bajando los ojos, dijo con voz más dulce: “Yo creía, Maese Martín, que necesitabais un obrero vigoroso para vuestro taller. Acaso he dado una idea exagerada de mis fuerzas; pero proporcionadme trabajo, y seguiré fielmente vuestras instrucciones.”

Maese Martín miró de frente al joven y se confesó que nunca había visto un sem-

blante más noble y franco. Hasta le pareció que aquel rostro le hacia recordar vagamente á un individuo á quien él apreciaba de mucho tiempo atrás; pero no pudo darse cuenta de sus recuerdos, y cedió á los votos del joven, rogándole, sin embargo, que consiguiese lo más pronto posible los certificados de su gremio.

Durante esto, Reinaldo y Federico acomodaban los aros de su tonel. Siempre que trabajaban tenían la costumbre de entonar una canción del género de Adan Puschmann. El nuevo compañero, llamado Conrado, exclamó: ¿Qué maullidos son esos? Tal parece que los ratones chillan en el taller. ¿Queréis cantar? Hacedlo de modo que el corazón se fortifique y el trabajo se alegre; voy á daros el ejemplo." Al decir estas palabras, entonó una sonata de caza con gritos tremendos que imitaban el ladrido de los perros y los gritos de los cazadores, con voz tan sonora, que los grandes toneles retumbaban y parecia que todo el taller se venia abajo. Maese Martín se tapó las orejas con ambas manos, y los niños de Marta, que jugaban en el taller, se escondieron espantados debajo de las cubas. Ca-

si al mismo instante llegó Rosa enteramente sorprendida de aquel estrépito; luego que la vió Conrado se calló; después se acercó á ella y saludándola graciosamente, le dijo con voz suave: "Hermosa niña, ¿qué rayo de luz encantador ha penetrado en este cobertizo cuando llegásteis? Si antes os hubiera visto, no habría lastimado vuestros oídos con esta canción salvaje de caza; y vosotros, exclamó dirigiéndose á Maese Martín y sus dos compañeros, suspended el ruido espantoso de vuestros utensilios. Mientras esta hermosa niña nos honre con su presencia, preciso es que el mazo y el hacha descansen; no debemos oír sino su voz melodiosa, inclinándonos humildemente ante ella como sus servidores, para recibir sus órdenes."

Reinaldo y Federico se miraron asombrados; pero Martín rompió en risa, exclamando: "Vamos, Conrado; está visto que sois el mayor loco que haya jamás usado mandil de obrero. Desde luego llegáis aquí como una especie de gigante feroz destruyéndolo todo; en seguida gritáis hasta destrozarnos los oídos, y por fin y remate de tales estravagancias, tratáis á Rosita como

á noble y le habláis á guisa de gentilhombre enamorado.

—Conozco bien á vuestra encantadora hija, respondió Conrado, y os digo que es la más linda joven del mundo. ¡Dios quiera que Rosa permita al más noble caballero mostrarle su amor y ser su paladín!

Maese Martin se apretaba el estómago y estaba á punto de sofocarse de risa. Después de una gran carcajada exclamó: “¡Bien, muy bien, mi querido Conrado! considera á Rosa, si tú lo quieres, como á una señorita de la primera nobleza; pero vuelve á tu trabajo.”

Conrado permaneció como clavado en su puesto; en seguida frotándose la frente murmuró: “¡Es cierto!” y obedeció. Sentóse Rosita, como tenía costumbre de hacerlo, en un tonel pequeño que Reynaldo limpió cuidadosamente y que Federico trajo cerca de ella. Uno y otro, á instancias de Maese Martin, volvieron á comenzar el canto interrumpido por Conrado, quien se puso entre tanto á trabajar, en el mayor silencio.

Cuando terminó la canción, Maese Martin les dijo: “El cielo os ha concedido un dón precioso. No podéis figuraros cuánto

estimo el arte de cantar. He querido cultivarle; pero no he podido hacer letra en él, á pesar de mis esfuerzos, y mis ensayos no me produjeron otra cosa que burlas y disgustos. En los conciertos daba yo notas falsas, hacía uso de inútiles *floriture* y no resultaba jota de melodía. Vosotros brillaréis más que yo y se dirá: “Lo que no pudo hacer el maestro, lo hacen los oficiales.” El domingo próximo, después del sermón del medio día, habrá un rato de canto en la iglesia de Santa Catalina. Podréis allí adquirir mucha honra por medio de vuestro talento; todo el mundo es libre para asociarse al canto. Y vos, Conrado, añadió dirigiéndose al nuevo oficial, bien podríais subir al facistol y entonar vuestra canción de caza.

—No os burléis, querido maestro; cada cual en su lugar. Mientras os regocijáis oyendo á los cantores, yo me divertiré en la pradera del común.”

Todo pasó como lo había previsto Maese Martin. Reinaldo cantó algunos aires sobre diferentes asuntos que agradaron mucho á los maestros cantores, bien que manifestasen la opinión de que en la voz del joven